

CAPÍTULO TERCERO

LOS RESTOS DE UN GRAN NAUFRAGIO Y LOS “LETRAHERIDOS”

El sucinto panorama esbozado arriba fue el marco de la disputa ideológica y jurídico-política que reconoce como punto de partida el Congreso de Viena (1814-1815) y que se atenderá en obra próxima, buscando sus tesis centrales en Constant, Chateaubriand y Mme. de Staël, entre otros quienes en Ginebra y sus alrededores tuvieron un espacio propicio para encontrarse libremente. La urbe, lacustre y alpina, también tuvo un importante papel en estos temas y su límpida atmósfera, tan diferente a la de las grandes metrópolis europeas, les regaló una frescura y un aliento que la autocracia napoleónica y la Santa Alianza jamás pudieron arrebatarles. El discurso racionalista y laico de los derechos del hombre fue amalgamado con otros elementos, los que aportó el romanticismo, del que habrá que decir dos palabras.

En un recodo del espléndido parque de Mon Repos, al borde del lago Léman, se conserva la banca en la que Lamartine, el arquetipo romántico, encontró reposo e inspiración. Al otro lado de ese bosque perfecto se yergue el monolito con la efigie, perfilada en bronce, de Chateaubriand, rememorando sus tres estancias ginebrinas; más allá, diminuta a la distancia, se adivina Coppet y la mansión de Necker y su hija, la célebre madame de Staël, mientras que, lejos del lago y en otro parque, Les Bastions, Constant camina presuroso para dictar su cátedra universitaria. Los personajes mayores del romanticismo están ahí reunidos pues Byron se hospeda en Cologny, arriba de la otra playa del Léman. Ginebra será la morada de ese impulso decisivo e ineludible a la hora de explicar una visión del mundo, no del todo extinta y en virtud de la cual los derechos del hombre y el ciudadano sufrieron pruebas memorables y adversidades sin cuento, aun cuando esa misma visión romántica haya contribuido a

extenderlos hasta el último rincón del mundo, proceso dialéctico por el que acabaron imponiéndose.

Las convenciones históricas, gracias a las cuales los materiales documentales y gráficos (testimonios, análisis, piezas de convicción, crónicas y epistolarios, retratos, mapas y partituras) son clasificados y adscritos al correspondiente casillero en el “gavetero” compuesto de múltiples “cajones”, uno para cada periodo, tramo, época o edad, es nada más que un recurso útil para racionalizar el caos aparente de los hechos, “nudos y puros” pero, como se sabe, es sólo eso, una forma de agrupar las cosas distinguiéndolas de otras también agrupadas en largas series de compartimentos, a fin de construir el discurso que llamanos “Historia”. Es preciso tener presente que las recetas historiográficas y las clasificaciones y periodizaciones consecuentes son relativas y convencionales. De ahí que cuando se sobreponen los periodos, especialmente en el caso de conmociones sociales, militares, políticas, económicas o ideológicas, sea menester analizar e interpretar, con mayor y más afinado rigor, dichas clasificaciones. Ello ocurre señaladamente con *la antinomia racionalismo-romanticismo*, usada por la historia literaria, artística, filosófica y también por la política y jurídica, que es lo que aquí interesa.

H. G. Schenk en *El espíritu de los románticos europeos*, se refiere a *la irrupción de lo irracional* para anudar dos acontecimientos: la Revolución Francesa y el advenimiento del romanticismo al que se le atribuye, “in toto” la paternidad ideológica del *reaccionarismo* nostálgico, del pasado desengañado intelectualmente y decepcionado por el fracaso aparente del discurso racionalista y enciclopedista. Pero, si bien es útil dicho enfoque para distinguir las épocas entre sí, es necesario advertir de entrada que los racionalistas no ignoran la importancia y vigencia de lo sentimental y que románticos sentimentalistas no son, por cierto, irracionalistas químicamente puros: hay una *solución de continuidad* entre los dos fenómenos intelectuales y Rousseau es el más alto exponente de dicha hibridación.⁷⁶ Advertido lo anterior y hechas las salvedades correspondientes, es posible sostener que la Revolución, de cuño racionalista, ayudó a lanzar el monumento romántico cuya vertiente ideológica (jurídica y política) dará un nuevo giro a la tabla de los derechos del hombre y el ciudadano, viraje debido a una revaloración de la sensibilidad y la

⁷⁶ Cfr. *Ante la desigualdad social: Rousseau precusores y epígonos*, cit.

empatía.⁷⁷ En todo caso, el discurso que a partir de ahí se articula ha de ser, por definición, racional (y racionalista, aunque de otro modo). De lo anterior se sigue que el análisis del “ideologismo reaccionario” debe considerar el mundo conceptual del que proviene y al que se enfrenta: mecanicismo físico, liberalismo político, codificación legal, laicismo, estatismo, internacionalismo (la “*Republique des lettres*” de la Ilustración francesa) escepticismo, filantropismo, fisiocratismo y empirismo, por lo pronto. Sería absurdo, pues, e insostenible, por ende, afirmar que el romanticismo es una negación o consiste en un desdén ante todo ello; es más bien su prolongación histórica por otros medios, con otros recursos, orientada hacia nuevas metas, animada por otros actores intelectuales y políticos y arropada con realidades sociales diferentes a las de la Edad de la Razón de Voltaire, Diderot y Rousseau. Subsistén los éxitos racionalistas, aun cuando sean vistos bajo otra óptica e interpretados mediante una nueva hermenéutica, la del éxtasis romántico, lúgubre en ocasiones, sentimentalista casi siempre, conmovedor hasta el rubor con que hoy se repasan sus frutos.

El sentimentalismo romántico fue irracionalista en la medida en que los griegos lo fueron frente a la ilustración del siglo V a. C. y los poetas del XIX (Espronceda, Mickiewicz, Leopardi, Byron, Coleridge) reivindican las pascalianas “razones del corazón” como lo hiciera el mundo griego frente a Aristóteles, en la *Summa* del racionalismo antiguo, la primera Enciclopedia que hubo en este mundo.⁷⁸ Rousseau había ya postulado (y por ello puede también ser considerado un precursor del romanticismo) que “*Exister, pour nous, c'est sentir; et notre sensibilité est incontestablement antérieure à notre raison*”. Schubert diría más tarde “¡Oh imaginación, tú, joya suprema de la humanidad... presérvanos de la Ilustración, ese horrible esqueleto sin carne ni sangre”, lo que era ir demasiado lejos inconclusamente. Y De Morphy, el célebre ajedrecista dijo, frente a la estricta racionalidad de aquel juego cerebral, que sus mejores jugadas obedecieron a “intuiciones”, concepto que Bergson desarrollaría, con rigor y talento literario, al comenzar el siglo XX.

⁷⁷ Sobre el particular, véase Carrillo Prieto, Ignacio, *Cuestiones jurídico-políticas de la Ilustración. Una lectura actual, cit.*

⁷⁸ Schenk recuerda la distinción, debida a C. G. Jung, entre *sentimiento* (función racional) y *sensibilidad* o *sensación* (función irracional) en *El espíritu de los románticos europeos*, México, 1983, p. 26.

“A veces, el asalto romántico al racionalismo produjo ataques a la propia razón y a este respecto estuvo en lo cierto Kant al temer desastrosas consecuencias políticas”, refiriéndose específicamente a la llamada “filosofía de la fe” de Jacobi⁷⁹ que en realidad fue una construcción prerromántica. Schenk concluye afirmando que la tendencia irracionalista obedeció en parte a la necesidad de enfrentar las regiones inconsistentes, no racionales, del espíritu humano, anticipando la búsqueda freudiana del “Ello”, soberbiamente plasmada por Gericault en el lienzo conocido como *La loca de envidia* (1824), que se encuentra en el Musée des Beaux Arts de Lyon, de una magistral penetración sicológica a partir de un rostro pálido y graso, coronado por una cofia debajo de la cual los cabellos grises se aplastan y se enciende una mirada extraviada, que acompaña a una horrible mueca, la de una soledad irremediable.

Un ingrediente consustancial al “espíritu romántico” es el de la abjuración de la optimista fe en un progreso ininterrumpido como ley histórica. Rousseau fue también denunciante eminente de este dogma pernicioso, el del “falso progreso nutrido por falsas necesidades, artificiales y enajenantes”. De nuevo, hay una deuda con el ginebrino: poetas, escritores, músicos, pintores y tratadistas que denunciaran aquella ininterrumpida carrera hacia los abismos que se abrirían a nuestros pies a lo largo del siglo XX: los campos concentracionarios, el Gulag, las guerras asiáticas, las dictaduras, persecuciones y torturas que llegan a Abu Graib y Guantánamo, sin hablar de los Lehman Brothers y demás piratas del capitalismo financiero, especulativo y delincuencial.

Los extravíos del Terror y las guerras napoleónicas acabaron por apagar las luminarias del festín de la Nueva Edad, cudiendo por todos los rincones de Europa una honda decepción de las pretendidas virtudes salutíferas de la Revolución Francesa y de las declaraciones solemnes que consagraron los derechos del hombre, miradas ya como “papel mojado”, hojas al viento en un mundo convulso y hostil. Era hora de buscar otras maneras de ser salvado: la sensibilidad, la intuición, los misterios de la naturaleza, de la nocturnidad y las sombras de las pasiones y anhelos recónditos en lo más profundo del corazón del hombre fueron traídos a un primer plano, despreciando peligrosamente la “vulgaridad ignorante” de las crecientes huestes proletarias y haciéndose a un lado ante el mundo de las necesidades reales, miradas como cosas insignificantes,

⁷⁹ Schenk, *op. cit.*, p. 29.

propias de quienes no contaban en un mundo lírico y exclusivísimo, el de los puntillistas estetas del romanticismo, influyentes ante los gobiernos y las embajadas de Europa entera y a quienes se debe en gran medida el estereotipo del escritor desesperanzado, pobretón, eternamente rebelde y siempre insatisfecho, aunque a veces “los emires le llenen de oro la boca” y su vida descurriera de entre humillaciones y angustias.

Algo más inquietante que esa bohemia, inocua y lacrimosa, fue lo que Schenk denominaba el *leitmotiv antigualitario de los románticos* anteriores a 1830, es decir, a los escritores y artistas de la Restauración, dentro y fuera de Francia.

Algunos historiadores (Walter Muschg en su ya clásica *Historia trágica de la literatura*, entre otros) han interpretado el romanticismo como el canto de cisne de la nobleza europea. Desde luego, hay cierta verdad en esta interpretación. En realidad, la lista de románticos de noble cuna es impresionante, pues entre ellos podemos contar a Chateaubriand, Vigny y Musset en Francia; a Manzoni y Leopardi en Italia a Novalis, Arnim y Eichendorff en Alemania; a Mickiewicz y Krasinski en Polonia y a Byron y Pugin en la Gran Bretaña. George Sand era, por el lado materno, descendiente de la Casa Real de Sajonia. Y si consideramos a los descendientes ilegítimos también podemos incluir a Delacroix con la certeza de que fue hijo natural de Talleyrand y a Richard Wagner, entre cuyos antepasados parece haber un príncipe de Sajonia-Weimar.

Es oportuno dejar aclarado que la actitud romántica frente a la persona humana no es la del individualismo racionalista, que la Ilustración subrayó en su *igualdad esencial*. Los románticos, por el contrario, enfatizan la *peculiaridad*, “hacen hincapié —dice Schenk— en la singularidad: antes que preocuparse por *derechos del hombre* se empeñan en darle la mayor amplitud posible a los *derechos de la personalidad*”.

Merece reflexión aparte “el caso Lamennais” olvidado generalmente por los eruditos en las cuestiones de los vatos comunicantes entre religión y política. Fue esa la historia de un cruel desgarramiento personal, de un sonado fracaso político y de una profunda decepción social que llevó las miradas al fenómeno del *ultramontanismo*, como la reacción de un grupo de católicos, agrupados bajo el estigma de “modernistas” empeñados en regresar al imposible mundo, ya desaparecido, de las alianzas no sólo entre religión y política sino entre el Vaticano y los políticos católicos de Europa. El Vaticano, después de los rodeos y equívocos proverbiales, se

retrajo ante los laicos para limitarse al “modus vivendi” con los nuevos gobiernos liberales; las nuevas realidades políticas fueron anatemizadas y todos salieron perdiendo, excepto los dueños de las maquinarias políticas, legitimados desde Roma mediante la vida parroquial y las escuelas confessionales, herramientas de control de la reacción católica.

(En cierto modo Lamennais y Lemercier comparten similitudes a más de un siglo de distancia: el francés de negra melancolía también esperaba, como el abate benedictino de Cuernavaca en la década de los sesenta, una “señal divina” que nunca apareció. A Lemercier eso le costó, literalmente, un ojo de la cara).

Dice Schenk que la trayectoria intelectual de Lamennais arrancó decisivamente con el *Essais sur l'indifférence en matière de religion* (1817) y para atacar a Rousseau emuló la prosa del ginebrino y el modo de Pascal. Su cruzada contra la incredulidad fue reforzada con su famoso libro, *De la religion considérée dans des rapports avec l'ordre politique et Civil* (1825-1826) que postulaba una fundamentación cristiana del nuevo orden social europeo y en el que la religión abandona su claustro teológico para transformarse en el más poderoso instrumento de regeneración social, repudiando los desvaríos revolucionarios y la locura guerrera del Imperio napoleónico mediante una “apología negativa” o “teología de crisis”, que acercó a muchos talentos al catolicismo, entre ellos a Domingo de Lacordaire, restaurador de la Orden de Predicadores, los dominicos franceses que le dieron nueva dimensión a la oratoria sagrada y a la participación política del clero de la Restauración de la Monarquía orleanista y de la República surgida en 1848.

Lamennais, como muchos otros creyentes, se escandalizó ante el apoyo del Papa Gregorio XVI a Nicolás I, represor inmisericorde de los polacos nacionalistas. Fue entonces cuando tocó fondo su conflictiva fidelidad a la jerarquía eclesiástica: el jefe de la Iglesia, su cabeza visible, el vicario de Cristo en la Tierra, con tal de alinearse provechosamente con los poderosos legitimistas e inmovilistas del clan de Metternich (el zar a la cabeza) guardó silencio ante la deportación de 25,000 católicos al Cáucaso sin ningún auxilio espiritual, ante la supresión de 192 conventos a lo largo de Polonia y frente a la clausura de los seminarios. Era el triunfo, en toda la línea, del *derecho divino de los reyes* pero también la deserción social de la milicia de Cristo y de su adalid romano.

En 1831 la situación de intolerable pobreza y marginación de los obreros de Lyon desembocó en airadas protestas, huelgas y manifestaciones,

que fueron sofocadas sin contemplación y París también conoció la represión. Lamennais alzó la voz: “*Partout, dans toute l’Europe, les droits les plus élémentaires de la personne humaine, sont soulés, partout l’emportent la force brute et l’odieux despotisme*”. Escribiría entonces un opúsculo sin desperdicio, cargado de una “ira santa” contra los poderes formales y fácticos cimentados por el Congreso de Viena, por la Santa Alianza, la Restauración y sus múltiples secuelas, reivindicando el valor y las necesidades (insoslayables políticamente) de los débiles, los pobres y los oprimidos. La obra se titula *Paroles d’un croyant* (1834) y fue la respuesta tardía a la Encíclica *Mirari vos* que “condenaba las grandes ideas defendidas por él en *L’Avenir*, el periódico dirigido por Lamennais y censurado por Roma con la que acabaría rompiendo trágicamente. Fue un solitario defensor de las libertades de prensa, de asociación y reunión de conciencia; de la separación de la Iglesia y el Estado y de los restantes derechos del hombre y el ciudadano. Postuló que los monarcas y principes de la Tierra habrían de transmutarse en *representantes del pueblo*, identificándose con los sufrimientos y la miseria de éste:

pues es necesario nivelar y engrandecer a los ciudadanos, que son agentes de transformaciones sociales benefactoras y a los que es preciso alentar en su gradual progreso material y espiritual, permitiendo así la salida colectiva de las cárceles de la enfermedad, la pobreza eterna y la ignorancia.

Advirtió además que ya había pasado para siempre el tiempo (aunque Roma se negara a verlo) en que la Iglesia era capaz de marcar el ritmo de las sociedades, pues su combate oscurantista contra las libertades la había desterrado del mundo moderno que habría de encerrarla entre los altos muros de un futuro Estado minúsculo, sordo y ciego ante la realidad impecable de su caducidad, que sólo podría revertir, un día (relativamente) Juan XXIII y el Vaticano II.

Louis Le Guillou⁸⁰ sostiene, con razón, que el tono de Lamennais en el famoso libro es análogo a la *Plegaria* de Mikiewicz, que más arriba ha quedado aquí consignada. Es el acento profético traído de Isaías y Jeremías. La reacción no se hizo esperar y se le acusó de incendiario, señalándolo como el típico “*brûler ce que tu as adoré*”. El Papa calificó

⁸⁰ Le Guillou, Louis, “Introduction y notes”, *Paroles d’un croyant*, París, 1973, pp. 19 y 20.

al libro de “insignificante por su tamaño, aunque inmenso por su perversidad” y en la Encíclica *Singulari nos* de 1834 el veredicto fue devastador: se trataba de un abuso impío pues incitaba a los pueblos a romper el orden público, a destituir a toda autoridad, nutriendo sediciones en todos los imperios. Sainte Beuve, por el contrario, saludó en el gran escritor al profeta desengañado e indoblegable. Fue, en última instancia, consuelo de quienes reclamaban desde la adversidad por sus derechos y libertades.

La vida le tenía reservadas cosas inimaginables: prisión, en 1841, por su obra *Le Pays set le Gouvernement*. Y en 1848 la diputación, por el distrito de la Seine, a la Asamblea Constituyente francesa, bajo la lista del comité democrático-socialista. Murió el 27 de febrero de 1854 y el 10. de marzo fue inhumado en la fosa común del Père-Lachaise. Había terminado por ver, con sus propios ojos,

a los pueblos levantarse tumultuosamente y a los reyes palidecer bajo su diadema. La guerra entre ellos es una guerra a muerte. He visto un trono, dos tronos hechos añicos y a los pueblos dispersar las astillas por los suelos (en Francia y Bélgica). He visto la lucha incansable de un pueblo que tiene el signo de Cristo sobre el corazón (Irlanda). He visto otro pueblo combatir, como el Arcángel Miguel a Satán. Sus golpes son terribles, pero está desnudo mientras a su enemigo lo recubre una gruesa armadura (Polonia). He visto un tercer pueblo sobre el que seis reyes han puesto su pie y, cuando hace el menor movimiento; he visto seis puños alrededor de su garganta (Italia). He visto a Satán que huye y a Cristo, rodeado de sus ángeles, que viene a reinar entre nosotros.⁸¹

Como un pobre bajó a la tumba, él a quien tanto afligía “esa inmensa cuestión del pauperismo” y “el gran escándalo del siglo XIX”: la pérdida de fe y de práctica religiosa del proletariado industrial. Autor del proyecto de una Internacional Católica Liberal él mismo rompió con la Iglesia y perdió la fe. Al morir quedaba abierto un camino de rectificación del nefasto rumbo en que se había embarcado el Vaticano, al haber consagrado el principio legitimista-inmovilista de Metternich y sus secuaces. Con la Encíclica *Rerum Novarum* (1891) las realidades sociales nuevas fueron bautizadas y, admitidas como tales, darán cauce a una corriente muy influyente al final del siglo: el catolicismo social. Pero a la hora de la muerte de Lamennais nadie se lo hubiera imaginado siquiera. Un largo trecho separa la “Mirari vos” (“nuestros más queridos hijos, en

⁸¹ Lamennais, Felicité-Robert, *Paroles d'un croyant*, cit., pp. 40-43.

Jesucristo, los príncipes”) de la Carta de León XIII, negadora de la “lucha de clases” pero que recupera el “bienaventurados sean los pobres, los débiles y los perseguidos” del Sermón de la Montaña, postulando una política de atención prioritaria a “la cuestión social”, que desembocaría en las revoluciones soviéticas, china, mexicana, turca (y un largo etcétera), hasta más allá de la segunda mitad del siglo XX. Antes habría la Iglesia jerárquica de provocar al mundo moderno con el dogma de *la infalibilidad papal*, proclamando la índole incontrovertible de sus opciones y definiciones que son, en última instancia, las de las dicasterios, congregaciones y oficinas de la burocracia vaticana, dédalo en el que se han extraviados frecuentemente, el Evangelio y el espíritu del Fundador. La historiografía del “affaire” Lamennais ha logrado proponer que Metternich intervino personalmente en la confección de la Encíclica *Mirari vos*, condenando las *Paroles d'un Croyant*: simbiosis elocuente que difícilmente puede encontrar analogía en la historia larga de las alianzas entre el trono y el altar.

El renacimiento católico, con todo y las intransigencias vaticanas, más políticas que espirituales, siguió su curso, como un signo de los tiempos y una nueva sensibilidad, que recrearían Chateaubriand, Lacordaire, Manzoni, Brentano, Schlegel y Newman (el cardenal católico venido del anglicanismo) y a la que el protestantismo era muy ajeno, sobre todo al haber eliminado, siglos atrás, la “terapia del confesionario”, que reclamaba Goethe. Los desnudos y fríos recintos eclesiásticos, luteranos y calvinistas, no decían nada, no albergaban ningún misterio ni tenían poder alguno de ensoñación: aulas bíblicas y evangélicas, destinadas a lidiar con la palabra, ausente el orador sagrado eran sólo recintos lúgubres e inhóspitos, como los del poder político colegiado de parlamentos y asambleas que, vacíos, eran nada más que un triste y tedioso amasijo de bancos y símbolos gélidos y estereotipados, testigos mudos de batallas minúsculas, casi siempre mezquinas e inútiles. En cambio, el colorido fulgor de la liturgia católica atrajo a muchos espíritus sensibles, vale decir románticos y, a través de los sentidos absortos en esas magnificencias conmovedoras, escritores, políticos, artistas y poetas, derruidas las tradiciones seculares, barridos los sentimientos exaltados de la nueva edad revolucionaria y guerrera, encontraron de nuevo el olvidado saber del misterio y la tradición medievales con su ordenamiento social y político, jerarquizado hasta el último escalón, refugio sólido e incommovible

frente a los vuelcos imprevistos del destino y ante la veloz caducidad de todo, comenzando con los lenguajes políticos y los turbios negocios de una clase social inicialmente grosera y materialista, la pequeña y gran burguesía mercantil, industrial y bursátil, brutalmente agresiva, ridículamente solemne, desinteresada de todo lo que no fuera riqueza tangible y acumulable, con sus legendarias medias de lana, repletas de oro amonedado, escondidas en lo más hondo de aisladas profundidades rurales. Antiheroica y medrosa, cerrada a todo lo desconocido, a lo novedoso, a lo diferente, dispuesta a toda costa a pagar el precio de su ascensión social y de la consolidación de su influencia política.

También entre la aristocracia europea, émula del racionalismo descreído y deísta de la selecta sociedad versallesca y de los círculos literarios franceses, hubo un retorno, muy teatral, al catolicismo. El caso de Manzoni, nieto de Beccaria, es ilustrativo de ello y del marcado énfasis en las virtudes del sufrimiento que fue un tópico romántico mayor. La polémica con el suizo calvinista Sismondi sobre la decadencia italiana le serviría para urdir una apología del catolicismo, vinculado con el filósofo católico A. Rosmini. Verdi dedicaría a Manzoni su Misa de Réquiem, en pleno fervor nacionalista ejecutada por primera vez en San Marco de Milán en mayo de 1874.

El perfil del héroe romántico, desengañado de las hazañas revolucionarias devenidas en sangrientos cadalso y fanfarrias napoleónicas, ahogadas en el lodazal de Waterloo, lo ofrece M. Lérmontov (1814-1841) fijando, por así decirlo, un canon que sería más tarde un estereotipo:

En mi primera juventud, desde el momento en que ya no me encontré bajo la tutela de mis padres, me dediqué a gozar, con frenesí, de cuantos placeres pude proporcionar el dinero y, como es natural, esos placeres se me hicieron odiosos. Luego me lancé al gran mundo y pronto me hastió también esa sa- ciedad. Amé a bellas mujeres del gran mundo y ellas me correspondían, pero sus amores sólo estimulaban mi imaginación y mi amor propio; el corazón quedó vacío... Me entregué a la lectura, al estudio, pero también las ciencias me cansaron. Veía que ni la gloria ni la dicha dependen de ellas en absoluto, ya que las personas más dichosas son ignorantes y ya que la gloria es un golpe de suerte para cuyo logro basta con ser hábil. Entonces se apoderó de mí el aburrimiento... Al poco me trasladaron a Caucasia y esa ha sido la época más feliz de mi vida. Yo esperaba que el hastío no existiera bajo las balas de los chechenos y me equivocaba: al cabo de un mes estaba tan acostumbrado a su silbido y a la proximidad de la muerte que, la verdad, les prestaba más

atención a los mosquitos. Y me embargó un aburrimiento aún mayor porque había perdido casi la última esperanza...”

Hastío, melancolía, tedio, “spleen”. Byron y el resto de la pléyade romántica fueron tratados muy desconsideradamente por Lérмонтov:

el desencanto había bajado, como ha ocurrido con otras muchas modas, de las capas altas de la sociedad a las inferiores, donde se hace uso de él como si de una prenda de segunda mano se tratara y que ahora, los que realmente están más hastiados procuran disimular esa desdicha como si fuera un vicio...

—Seguro que han sido los franceses los que han traído esa moda del aburrimiento.

—Pues no; han sido los ingleses.

—¡Acabáramos!, como que siempre han sido unos borrachos impenitentes.

Relativamente ajeno al tema de estas líneas deben decirse, aunque sea de pasada, dos palabras sobre el iluminismo que, en la confluencia literaria, jurídica y política de la contrarrevolución restauradora, fue la corriente, un tanto turbia, compuesta con ingredientes de ocultismo y de la llamada “tradición hermética”. Los nombres: Louis-Claude de Saint Martin, Dam-pierre (amigo de madame Staël y de los quietistas valdenses) y Martínez de Pasqual. Se trata de un recurso literario, sustitutivo de la polémica racionalista, discurso seudofilosófico con pretensiones teológicas que no admite réplica y que, por el contrario, demanda una adhesión incondicional. La teosofía forma parte del “atrezzo” místico del romanticismo y revela el eclecticismo europeo de la Santa Alianza, desencantado tanto de los irónicos filósofos racionalistas y moralistas como de la discordia que inevitablemente provocaban sus diatribas y anatemas sociales que, por otra parte, muy poco habían podido alterar el orden de cosas. Éste debía arreglarse conforme a una pauta secreta, el “Plan Divino del Cosmos”, accesible a unos cuantos iluminados, sus sacerdotes-poetas. El tema acabó por adocenarse y su trivialización inevitable lo hundió en el descrédito, reduciéndolo a una especie de “divertimento” de salón, apto únicamente para combatir el tedio insuperable de la restauración conservadora.

I. UNA NUEVA GENERACIÓN: LOS JÓVENES TRADICIONALISTAS

La define, enorme, la obra y figura de Chateaubriand: son los nacidos alrededor de 1770 que forman lo que Benichou ha llamado “el grueso del

ejército contrarrevolucionario en la prensa y en la literatura”, madurado en Hamburgo, Londres y Ginebra, lugares donde el viejo fondo conservador se convirtió en propaganda política, muy bien escrita eso sí. Su vehículo fue el *Journal des Debats* y el *Mercure de France*, papeles periódicos resucitados de sus cenizas gracias al empeño de Fontanes, quien abrió así una nueva puerta a la crítica social y a la opinión política.

Del grupo, Joseph Joubert alcanzó la celebridad. Nacido en Montignac (Perigord) es el veterano de esa camada (1754) y su fama se consolidó con *Pensées, Maximes et Essais*, que circularon profusamente a partir de 1828. Baste decir que la edición novena de la obra, de 1895 (París, Perrin et Cie, Libraires éditeurs, 35, Quai des Grands-Augustins) lo hace un libro de larga historia, “raro libro, profundo y purificador, ennoblecedor del alma, para ser leído poco a poco y muchas veces”, según la dedicatoria del ejemplar ofrecido a Leonor Mier, Condesa de La Laguna, por su confesor y que hemos tenido a la vista en la escritura de estos renglones.

Entre las “Máximas” puede ser espigada la visión contrarrevolucionaria y conservadora de aquella generación singular de *letraheridos*, para quienes los republicanos únicamente son los políticos profesionales; los ciudadanos amantes del buen gobierno siempre serán monárquicos.

Joubert decía que el buen funcionamiento del mecanismo político *exigía que la multitud olvidara sus derechos y que las jefaturas olvidaran su debilidad* (“sa faiblesse”). Los gobiernos que obedecen a la superioridad numérica se dejan ganar por una *preponderancia grosera*. No hay que olvidar, afirma, que *la soberanía pertenece sólo a Dios*, quien la da y quita, la retira y la suspende según sus inescrutables designios. Toda autoridad legítima debe apreciar su tamaño y sus límites, pues *ningún gobierno es un asunto de elección, sino antes bien de necesidad*. De ahí que las Constituciones políticas tengan necesidad de ser elásticas, como lo es la naturaleza humana, pues *todo se hace y todo debe hacerse, en reformaciones políticas, mediante transacciones*. Pero, con todo, nunca hay que olvidar *el principio superior*: “*mantener y reparar*, que es la más *bella divisa gubernamental* cuando ya se ha conseguido concluir con las revoluciones”. Es preciso “imitar al tiempo, que destruye sólo lentamente: mina, desenraiza, desgaja, pero nunca arranca”.

En su diagnóstico, Joubert ha concluido que el afán de cambiar, la manía por “lo novedoso”, hija de pasiones fantuosas, lo embrolla todo y no permite que nada acabe durando; aboliendo toda antigüedad, ese impulso nefasto es el origen del desorden y la infelicidad. Dicha patología políti-

ca es causa del relajamiento de las leyes, de *la insolencia como costumbre*, de *la desmesura en las riquezas individuales* y de la vida, regalada y muelle, como algo natural, empeorando así todo cuanto hay. *Y esa moda de enriquecer al pueblo debe ser vista como cosa de banqueros, pero no de legisladores sabios.*

En suma: *la debilidad que conserva vale más que la fuerza que destruye*, epitafio con que la generación de Joubert clausura en tumba hermética el juicio que merecen revoluciones y hazañas guerreras, incluidas las de apenas ayer. Además, va siendo la hora de proclamar que “*los hombres nacen desiguales y que el gran beneficio de la sociedad es disminuir dicha desigualdad, procurando para todos seguridad, propiedad (sólo la necesaria), educación y auxilios en la adversidad*” (Máxima XXXVIII), con lo que asoma la cabeza un reformismo, gradualista y contemporizador, harto de proclamas incendiarias y de heroísmos que, en todo caso, son tolerables sólo en la ópera, el teatro y la literatura y eso únicamente a veces, ya que el personaje ahora en boga no es el ardiente trastocador de las cosas humanas y divinas ni el guerrero cubierto de cicatrices y entorchados de oropel, sino el poeta romántico, solitariamente altivo, que no cuenta sino con su sensibilidad exacerbada y cuyas armas están hechas de tinta febril y papel amargo, siempre hambriento de gloria, la debida a su pluma, surtidor de mundos prodigiosos y ensueños reconfortantes, que hacen menos intolerable la prosaica realidad de todos los días; pero la realidad se impone siempre y no hay modo de cancelarla permanentemente: la realidad obliga a llegar a una conclusión ineludible: *es necesario excluir a los desprovistos de patrimonio de los asuntos políticos y de la administración del Estado*, no porque sean menos virtuosos o menos patriotas (lo que equivaldría a conferir a la riqueza un honor excesivo), sino

porque, según la experiencia universal, el hombre flota aleatoriamente entre aguas azarosas y, a la hora de las tormentas, pierde el dominio de sí mismo y corre el riesgo de exagerar a causa de carecer de ocio y de bienestar, entre los que recobraría su presencia de ánimo. Así, es menos sabio no por culpa de él sino en razón de su posición social y económica, que le han negado la experiencia de administrar bienes de los que carece.

Manera más sutil de encontrar fundamento a la exclusión política difícilmente se hallará en otras argumentaciones de la época; es el derecho

“censitario” a ser elegido a las dignidades públicas. Porque, en última instancia, Joubert ha sostenido enfáticamente que “*les droits du peuple ne viennent pas de lui mais de la justice. La justice vient de l'ordre et l'ordre vient de Dieu lui-même*”. Añadió el corolario indefectible: “*Demandez des âmes libres, bien plutôt que des hommes libres. La liberté morale est la seule importante, la seule nécessaire; l'autre n'est bonne et utile qu'autant qu'elle favorise celle-là*”.

Pues también ha de tenerse presente que “nada de libertad si no hay una fuerte y poderosa voluntad que asegure el orden convenido”. *Una libertad desmedida es una desmedida desgracia*. El orden estriba en las dimensiones, en las limitaciones. *Si todo debe ser regulado, nada debe ser libre*. Cuando la Providencia divina libró al mundo a la libertad humana dejó caer sobre la tierra la peor de las enfermedades. ¿No es la libertad un tirano gobernado por sus caprichos? “*La subordinación* —confiesa el rígido Joubert— *es más bella que la independencia*; la primera es orden y decoro, mientras que la segunda no es sino la suficiencia unida al aislamiento. Una ofrece un todo bien dispuesto; otra, la unidad en su fuerza y plenitud. La subordinación es un acorde; la libertad, un tono”. Y, como remate a “la execrable memoria de los ilustrados”, mezclados en negocios políticos, pontífices de los asuntos del Estado, hijos de L’Encyclopedie, Joubert proponía, con la cáustica ironía de que esos hicieron gala, que el lugar de los sabios fuera el templo y no las bancadas políticas. “*On droit les employer à décider, mais non pas à délibérer. Leur voix doit faire la loi et non pas faire le nombre. Comme ils sont hors de pair il faut les tenir hors des rangs*”.

La contrarrevolución —dice Benichou— consistió ante todo en una sociología fundada en la supuesta voluntad de Dios y en la tradición que las manifiesta. Es una nueva concepción de la índole social, sustraída a la iniciativa humana y a las ambiciones de la perfectibilidad. Por doquier ha surgido una “*crítica de las pretensiones de la razón*”, una rehabilitación multiforme del prejuicio antintelectual que tuvo en las *Considerations sur la France* (1817), de Joseph de Maistre un alto y señero epítome. “La misión del escritor es uno de los blancos de la contrarrevolución; al literato que pretende seguir al género humano se le denuncia como promotor de desorden y subversión; es quien encarna esa *razón usurpadora* que altera el orden social”. Se estableció, dijo un espectador de aquella repulsa social, de los literatos y generalmente de los individuos que cultivan y protegen con celo las ciencias y las artes, como si su único fin

fuera el de alterar el orden público suscitado entre las distintas clases de ciudadanos “*un espíritu de fermentación*” opuesto a la seguridad y a la tranquilidad pública”.

El descrédito del literato es, a final de cuentas, el de las doctrinas que había encarnado y que habían cambiado el mundo del Antiguo Régimen, ante todo su catálogo de valores y creencias. Comprometiéndose inicialmente con la Revolución, se les asoció con el terror y con las guerras de las coaliciones principescas. Esta simplificación del fenómeno permitió que la “ola reaccionaria” creciera y acabara por reventar sobre las cabezas intelectuales de quienes habían propuesto una forma diferente de mirar al mundo y la sociedad.

Los ideólogos, odiosos ante los ojos de Napoleón, resistieron desde el Instituto de Francia en las figuras de Suard y Morellet. El método ideado para desacreditar el conjunto, lucido y crítico, de las plumas del XVIII había sido oponer éste al siglo precedente, brillante y excelente, a la Ilustración y a la *Encyclopédie*.

Luce de Lancisial (nacido en 1767) todavía pudo salir en defensa del villano favorito de los reaccionarios, *El hombre de letras*, no limitado ni por los tiempos ni por los lugares, pues se cierne sobre todos los siglos, fraterniza con todos los pueblos, hace reunir el pasado, embellece el presente y crea el porvenir. El mundo físico es su teatro; el mundo moral es su dominio. ¿Habremos de asombrarnos de que su alma se eleve al solo pensamiento de estas sublimes prerrogativas y que del sentimiento de su grandeza nazca la necesidad de su independencia? Aun con todo, este esfuerzo por situar el lugar social del escritor racionalista, no se cejó de caracterizarlo como *azote de la sociedad, superfetación del cuerpo social lento veneno y frío mortal* de perniciosos efectos sobre la sensibilidad y el arte poético, pues *a fuerza de razonar sobre lo bello acabaron por no sentirlo*. El disparate de Dussault resume elocuentemente este prejuicio, fabricado también por otras plumas, ínfimas como la suya: “Nada es más temible para la elocuencia y para la poesía que el ascendiente demasiado grande de las ciencias”.

II. “RESTOS INFORTUNADOS DE UN GRAN NAUFRAGIO”

La frase de Chateaubriand sitúa, histórica y anímicamente, a la nueva generación de los hombres de letras contrarrevolucionarios y sus ideolo-

gías, concebidas con materiales tan heterogéneos como los que concurrieron a erigir el nuevo orden político-social, en cuya cima coexistían una aristocracia, mutilada y diezmada y una ávida burguesía, empeñada en no perder el control del Estado *garante de su propiedad y privilegios*, para alimentar una creciente desigualdad; esa sería *la clave de bóveda de las relaciones jurídicas* y el *núcleo* del catálogo de los derechos individuales, por encima de los políticos, los sociales o los comunitarios, y de los culturales, apenas en ciernes.

El progreso material, el fluir incesante de los arbitrios científicos, el conocimiento completo del Globo y el poder de la opinión pública, conformaron un nuevo horizonte; todos sabían que la vuelta al pasado era imposible y pronto se vería que además resultaba indeseable. Bonald no dudó en salir por los fueros de la nueva generación de escritores, ya distanciados temporal y conceptualmente de volterianos y rousseauianos, ajenos a Holbach y Helvetius, cuando menos a la vista del gran público.

La creciente multitud de curiosos lectores no querían saber más de filosofías y deseaban gozar de merecido reposo después de los ajetreos del XVIII, tan enredosos. Acabarían aplaudiendo el “¡Enriqueceos!” de Guizot como si fuera el *súmmum* de la sabiduría política, dijo Bonald:

Las letras han adquirido un carácter mayor; se han convertido en el apoyo o en el azote de la sociedad; *los escritores son funcionarios públicos* en toda la extensión de ese término; las letras han de ser una milicia destinada a combatir las falsas doctrinas: son una función en la sociedad y no una conjuración contra la libertad.

Chateaubriand, en su discurso de ingreso a la Academia, en 1811, sostuvo además que: “la libertad es el mayor de los bienes y la primera de las necesidades del hombre. La libertad inflama el genio, eleva el corazón, es necesaria para el amigo de las musas como el aire que respira”.

Estas dos concepciones, la del escritor comprometido y la del poeta indomable serán, de ahí en adelante y durante mucho tiempo, las Escila y Caribdis del mundo literario europeo, subrayadamente del francés. Hoy puede parecer casi un bizantinismo, pero no cabe duda de que, en todo caso, muchos vivieron desgarradoramente aquel dilema. (También hubo casos entre nosotros, señaladamente Octavio Paz y en clave algo menor, Jaime Torres Bodet. Ambos sirvieron en y al Estado autoritario que los patrocinó, aun cuando el primero de ellos logró libertarse de esas cade-

nas amparado por su fama; el segundo, ministro poderoso, ni siquiera se lo quiso plantear, en la angustiosa soledad de su “dédalo de espejos” que destruyó un pistoletazo trágico, obra de su propia mano).

Los reaccionarios y retrógrados, los conservadores inmovilistas, “tories”, tradicionalistas en toda latitud, los derechistas de derechas medrosas y pusilánimes unas; otras, agresivas y provocadoras, la “Reacción”, en suma, término que los comprende y caracteriza, es un compuesto conceptual de cuya génesis pudiera extraerse esclarecimiento a fin de identificarlo con pulcritud y así lograr mayor fertilidad heurística a la hora de abordar la edad adversa a los derechos del hombre.

Se debe al filósofo ginebrino más reconocido hoy en día, Jean Starobinski⁸² y a su sugerente ensayo sobre el tema, la puesta en circulación de la necesidad aclarativa del concepto que, en el XIX, fue epíteto descalificador y en ocasiones, una palabra ofensiva e intolerable para los conservadores en general, tanto en las letras como en la plaza pública, quienes no podían asumir ser tratados como “mera consecuencia” de acciones anteriores pretendidamente de mayor entidad, más atractivas e importantes.

Starobinski, en su lectura de las *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et leur décadence* (1734), descubre que, en la comparación entre caballería e infantería, Montesquieu prefiere la primera, cuya acción es impetuosidad y choque mientras que la segunda “*es más una reacción que una acción*”, recordando que la pareja “acción-reacción” proviene de la cosmología y de la física (binomio novedoso frente a las ya desgastadas metáforas políticas basadas en relojes y balanzas). Al procurar dar cabida a una relativa contemporización frente a las *turbulencias de los Estados libres* sostuvo que, a pesar de esa agitación y revuelo, aparentemente desfavorables, hay una secreta armonía, “*de la que resulta la dicha que es la única verdadera paz*”. Sigue como con las partes del Universo, *eternamente enlazadas por la acción de unas y la reacción de otras*”.⁸³ Y el binomio descriptor primero se trasmutó en objetivo de una “sana política constitucional” que admitía la omnipresencia inevitable de esa dualidad a la que debe adaptarse el hombre de Estado. Burke, al condenar la Revolución, lo hace aduciendo, entre otras muchas

⁸² Starobinski, Jean, *Action et réaction. Vie et aventuras d'un couple*, París, 1999 (versión al español: *Acción y reacción*, trad. de Ciane Cazanave Tapié Isoard, México, 2001).

⁸³ *Ibidem*, p. 333.

razones (algunas francamente obtusas) el hecho de que fue ella resultado de un olvido generalizado de “*la acción y reacción* que, en el mundo político como en el mundo natural, hacen surgir la armonía”.⁸⁴ Starobinski consigna, asimismo, la página en que Diderot sostuvo que las sociedades europeas cultas, extendidas, fuertes y celosas, *actuaran y reaccionaran* unas sobre otras, en una fluctuación continua. Esta imagen optimista del equilibrio europeo, formulada en términos de dinámica de los fluidos conforme al modelo de las mareas, encuentra en una nota de Grimm su complemento inmediato:

El hombre resuelto, emprendedor, firme, activo, diestro, subyuga a la multitud con tanta seguridad, tan necesaria como un peso de cincuenta libras arrasta a uno de cincuenta onzas. Si no lo logra es que encontró en el partido de la oposición a un hombre de su temple que atrae a la multitud de su lado. Así, los resultados son conforme a *la complicación de los contrapesos que actúan y reaccionan* los “unos sobre los otros”. Rousseau postulaba, sin rodeos, que “para vivir en el mundo... hay que calcular *la acción y la reacción* del interés particular en la sociedad civil...”⁸⁵

Condorcet (en el *Tableux* y en la *Vie de Monsieur de Turgot*) sostuvo que se debe a éste la creencia en el carácter perfectible indefinido del hombre... “La invención de la imprenta... imposibilitó toda *marcha retrógrada*”.

A Benjamín Constant puede atribuirse —sostiene Starobinski— la acuñación de la antinomia *progreso-reacción*, que encuentra sus raíces en Kant, quien puso en duda que el binomio *acción y reacción* pudiera aplicarse, sin más, a la explicación de decisiones políticas, de protestas, tendencias y resistencias. El *Progreso*, así, en singular, será el bien, pues queda sellado por el *perfeccionamiento*, trabado una y otra vez por un *antagonista hipostático*: *La Reacción*, que se introducirá en la explicación de las luchas políticas: *Reacción* a la Revolución es oposición a la marcha triunfal de ésta y consagración de la enemiga de la libertad y la igualdad, díscola envidiosa de la fraternidad humana, la “espantosa reacción realista”.

La conminación de Joseph de Maistre a luchar *reactivamente* a fin de restablecer el “orden divino social” frente al desquiciamiento revolucionario

⁸⁴ Citado por Starobinski.

⁸⁵ Starobinski, *op. cit.*, pp. 337 y 338.

nario se explica al advertir que *la Revolución* era ya una “entidad hipostasiada” (Starobinski) y que estaba en proceso la construcción conceptual de su antónimo: *la Reacción*:

Después de que grandes desgracias trastocaron muchos prejuicios, *las reacciones* restablecen esos prejuicios sin reparar esas desgracias y restablecen los abusos, sin reconstruir sobre las ruinas devuelven al hombre a sus cadenas, pero cadenas ensangrentadas, y a las ruinas, lágrimas y oprobio que deja un movimiento retrogrado (Constant *De las relaciones políticas*).

El ensayo de Starobinski concluye con la tesis según la cual “la palabra *reacción* posee la doble ventaja de ser un concepto que designa la relación y de ser un término *anafórico* que implica una relación con un antecedente; que nunca reacciona estando solo pues funciona únicamente con *secundariedad*”.⁸⁶ Y el colofón, muy útil para el propósito de estas líneas, es que la palabra *reacción* constituye la expresión sintética de las actitudes contrarias al reconocimiento de la libertad y la dignidad de los individuos. Volviéndose singular colectivo, el término designa al conjunto personificado de esas actitudes y sus representantes: reaccionarias y reaccionarios a las revolucionarias declaraciones de derechos y libertades.

El propio Marqués (Donatien Alphonse François) mezclado en el desorden social y personal que la Revolución hizo aflorar, llegó a escribir, en la línea *del rejuego de entidades*, que

les tourmentes révolutionnaires sont au bouleversement des empires ce que les ouragans sont aux secousses violentes de la machine terrestre qui la brisent ou la déchirent. Il semble que tous les grandes accidents de la nature doivent être précédés par des orages! Est-il donc une chaîne qui unit les troubles dont nous sommes agités, aux convulsions de ce globe qui leur sert de théâtre? Les éléments et les hommes, ont-ils donc entre eux quelque analogue? Et le choc électrique qui atteint les uns, doit-il également frapper les autres? Des tels doutes sont injurieux à la divinité : els supposent deux pouvoirs, et l'homme véritablement rempli de la toute-puissance du créateur ne peut admettre le monstrueux partage de cette puissance unique et universelle... la main qui nous écrase est la même que celle qui nous rend la prospérité...⁸⁷

⁸⁶ Starobinski, Jean, *Acción y reacción*, México, 2002, p. 398.

⁸⁷ Sade, *Histoire Secrète d'Isabelle de Bavière, Reine de France*, París, 1992, p. 115.

Un infinito eslabonamiento de acciones y reacciones que traman la tela del cosmos tejen también la historia del hombre, sus venturas sociales y sus desventuras personales y establecen la ruina inexorable de toda carne que, al propio tiempo, es la causa el impulso de nuevos seres y de otras distintas luces en confines ignotos del mundo sideral, cuya precaria estabilidad es feble, tanto que el aleteo de una mariposa bastaría para hacerla saltar en multitud de partículas como el polvo de las tormentas de arena de los desiertos. Una vez pasado el cataclismo, recomponen otro distinto orden, provisional y crítico, para empezar de nuevo. Así ocurre también con todas las cosas humanas, sin excepción, pues sucede que minúsculas causas, aparentemente insignificantes, produzcan commociones telúricas, en lo físico y en lo moral, de consecuencias inimaginables; si conociéramos todos los factores en presencia, podríamos, sin embargo, calcularlas y preverlas, aún las más complejas de ellas.

La filosofía conservadora postula que las causas primarias del mal y el sufrimiento no están arraigadas en la estructura de la sociedad sino en la naturaleza humana y son inherentes a la existencia y, por lo tanto, el remedio no reside en los imponentes proyectos utópicos que planean abolirlos sino en las propuestas para frenar y minimizar su impacto. Por consiguiente, *debido a su naturaleza, estos conflictos hacen de la política una actividad limitada.*⁸⁸

Ese pesimismo antropológico es, como ya se ha visto, elemento esencial constitutivo del romanticismo, literario y político. En Byron cobró una dimensión casi diabólica, cuando menos a los ojos de sus contemporáneos, y la disección que Maurois hace al respecto es muy útil para formarse una idea de la atmósfera, de la época que los conservadores aprovecharon, inyectándole aires mefíticos a fin de que los súbditos no respiraran cosa distinta de los sacrosantos vientos de la Santa Alianza.

El poeta emblemático del romanticismo, que se disputaba princesas, duquesas y demimondaines de toda Inglaterra y más tarde del Continente (italianas suizas y griegas, particularmente) salió huyendo de Inglaterra a causa del célebre escándalo (“l'affaire Augusta”) y en Ginebra, desde la Villa Diodati, su persona, auroleada de leyendas, llamó la atención de Madame de Staël, de Constant y de Schlegel quienes, desde la otra playa del Leman, donde brillaba el “petit château” de la escritora, en Coppet, le

⁸⁸ Sullivan, Noel, en Miller, David (dir.), *Enciclopedia del Pensamiento Político* (publicada originalmente en inglés, Oxford, 1987), Madrid, 1989, pp. 103-109.

urgieron se dignara visitarles. Los encuentros con los intelectuales acabaron por aburrirle y huyó del acoso de la hija de Necker. En cambio, la lectura de Rousseau y sus “Revérries”, una moza bien plantada y obsequiosa al abrigo amistoso de la preciosa Villa italianizante, desde donde la vista del lago y de los Alpes es incomparable, le transportaron, en un rapto poético, para cincelar los versos del *Manfredo* y dejar atrás a *Childe Harold* y al *Corsario* que se le habían convertido en un fardo estereotipado.

La persecución que venía de sufrir por parte del Príncipe Regente, conservador e intolerante, la proseguiría tomando su relevo el Príncipe de Metternich, para quien Byron era un problema de orden público, cuando, en verdad, éste sufría de un grave desorden personal, en el que florecía la poesía y el anhelo de libertad, pero ninguna cosa política. Cuando llegó hasta Italia, la alarma “sacroaliancista” sonó estruendosa y al partir a Grecia y enredarse y morir Byron por la independencia de ésta, los inmovilistas, los quietistas, los reaccionarios, en suma, toda la tribu conservadora, respiró aliviada por la desaparición del “Lord incómodo”.

Las condiciones —dice Sullivan— que los conservadores han puesto siempre como indispensables para conseguir, mantener y asegurar *la libertad política*, fueron compendiadas por el viejo Burke, allá en el XVIII: *el imperio de la ley*, la primera, entendiendo por tal la vigencia y validez del ordenamiento jurídico edictado parlamentariamente, aplicado judicialmente en caso de controversia, garantizando su obediencia, en casos extremos, con el uso potencial de la fuerza (la coercibilidad que la teoría ha desmenuzado, por ejemplo, en Kelsen). La segunda condición es *la total independencia del Poder Judicial frente al Ejecutivo*; la tercera estriba en la *calidad de meros representantes* de los miembros del gobierno y de éste en su conjunto; la cuarta consiste en *el carácter irrevocable de la propiedad privada* y la quinta y última, muy significativa e influyente a partir del Congreso de Viena, es que *la política exterior* esté guiada por la doctrina del *equilibrio de poderes*.

El conservadurismo no adquiere su verdadero rostro hasta que se repara en lo que rechaza y combate puesto que, como se advierte a primera vista, esas “condiciones” también forman parte del arsenal jurídico-político del liberalismo. Burke ha identificado al enemigo bajo la especie de “abstracciones inútiles”: la noción del *individuo*, los *derechos* del hombre y el *contrato social*. Además, los conservadores dicen tenerle *horror a las ideologías* (excepto a la suya) y, sobre todo, a la de la bondad natu-

ral del hombre, tan cara a Rousseau y a otros ilustrados. Los conservadores, asimismo, *repudian el racionalismo* crítico, que enjuicia y denuncia tradiciones y costumbres que, para los liberales, son obstáculos y prejuicios adversos al progreso general y para los conservadores, una valiosa herencia y el humus nutriente de las instituciones. También resulta incomprendible para el credo conservador el optimismo desenfrenado sobre la capacidad de la voluntad humana para configurar el destino del hombre de acuerdo con sus deseos, como lo es, asimismo, el dogma de la soberanía popular como clave de la democracia y de la supresión de los conflictos, internos y externos. El rico conjunto de doctrinas, las sutilezas ideológicas, la imaginación y la creatividad intelectuales, son terrenos insalubres para la sana política y hay que evitarlos en el mundo armónicamente inmóvil del conservadurismo, empeñado hasta lo indecible en sofocar el fuego revolucionario, encendido con la funesta invención de *los derechos del hombre y el ciudadano*.

El discurso conservador y reaccionario fue desdibujándose con el paso del tiempo, hasta llegar a los extremos aberrantes de hoy, pues la premisa principal de que la *libertad es indivisible*, esto es, que la *libertad civil* y la *libertad política* sólo pueden existir en el orden económico del capitalismo (industrial y financiero, materialista y consumista) y el *dogma de la Mano Invisible de la economía de mercado*, desmentido todo ello por las catástrofes de los últimos años, obligaron a los conservadores contemporáneos a revisar críticamente su ideario, a fin de impedir su previsible naufragio, que sería salutífero en más de un sentido, pues convirtieron al mundo en un erial inhóspito, hostil, insostenible.

El ensayo clásico sobre el conservadurismo, el de Lord Hugh Cecil,⁸⁹ afirma lo que ha sido postulado en estas líneas:

el conservatismo es una fuerza política *suscitada* por las commociones de la Revolución Francesa y *en reacción* contra ellas. Se ha indicado que el conservatismo es la resultante de tres corrientes de opinión, de remota ascendencia en la historia, compenetradas en una sola fuerza orgánica bajo la acción de la Revolución y del antagonismo provocado por ésta. Los tres factores son: *el conservatismo natural*, que consiste en el apego a lo tradicional y *el temor a lo desconocido*, “sentimientos propios de todo ser humano”; el *torysmo*, o sea la defensa de la Iglesia (anglicana) y del rey (británico) partido de la religión y la autoridad y lo que, a falta de nombre mejor, se ha llamado *imperialismo*,

⁸⁹ *Conservatismo*, Barcelona, 1929, pp. 157-161.

o sea, una aspiración al engrandecimiento nacional y a la unidad que puede procurarlo.

Paradigmáticas la primera y la última de estas “corrientes”, Cecil no tiene empacho en afirmarlas como esenciales al *impulso reaccionario: temor a lo desconocido* (“conservatismo natural”) pero también *desprecio a los desconocidos*, entre ellos los pueblos víctimas del imperialismo en África, Asia y América, cuya conquista y expoliación no fueron ni son, precisamente, motivo de orgullo para nadie, aunque se las quiera presentar con los bellos ropajes de una “cruzada civilizatoria”.⁹⁰ El lema de aquellos viejos explotadores lo expresa Cecil al sostener que el conservatismo “asegura la eficacia del progreso fundándolo en los hechos aquilatados por la tradición y el tiempo”. Pobreza conceptual del *partido del pánico* ante el cambio, social y político, que no deja de ser asombrosa frente a su grande y rica influencia histórica.

El conservadurismo, desde entonces, ha preferido apostarle *al infantilismo*, a los miedos *irracionales*, al simplismo *ideológico*, cargado de lugares comunes y dogmáticos, *a la perpetua minoridad* de súbditos obedientes y sumisos, conformes con lamer las paredes que los mantienen presos, ciegos que no se atreven a buscar la luz que les robaron. Los conservadores exorcizaron “*las injusticias de los partidarios de los cambios revolucionarios*”.

Fueron padres y abuelos del *thatcherismo* y el *reaganismo*, antiguallas devastadoras que, en nuestros días, engendraron la numerosa e impresionante prole, encabezada por la tristemente célebre *Lehmann Brothers* que pretende seguir campeando por sus respetos en este ancho mundo... si les dejáramos ir sin las sanciones que merecen los depredadores insaciables, los expoliadores del mundo actual.

⁹⁰ Ahí está para mostrarlo y demostrarlo en literatura brillante *El sueño del Celta*, de Mario Vargas Llosa.